

GAITAN DURAN DE REGRESO A LA MUERTE

I

En Jorge Gaitán Durán se cumplió un itinerario. Cada sospecha suya, cada atisbo suyo se ha cumplido. El poeta, como en las profecías, ha llegado al fin de su principio. Adrede, él, levanta su entusiasmo, desafía al destino, exalta su tormento, su acción dramática, su vanidad varonil, su abatimiento, su regia armonía y, ¿para qué? Sencillamente para refugiarse en la muerte. Tal debería ser en síntesis todo el fulgar poético de su libro *“Si Mañana Despierto”*. Así, igualmente, podríamos comprender la altura plástica de este magnífico poeta colombiano. Y, con esto quiero decir que, si Gaitán Durán, no tuvo la plenitud suprema de su clara intuición poética, por lo menos, y contra el decir de la impía cólera de algunos críticos, sí alcanzó el privilegio de convertirse en uno de los relevantes mitos de nuestra historia literaria.

II

Jorge Gaitán Durán, nacido en Cúcuta, de familia burguesa, en 1924, nos habla así de la infancia:

*“El rumor de la fuente bajo el cielo
habla como en la infancia. Alrededor
todo convida a la tórrida calma*

*de la casa: el mismo patio blanco
entre los árboles, la misma siesta
con la oculta cigarra de los días”.* (1)

Y él vive de la burguesía pero milita contra ella. Paradójica actitud suya. Ama las cosas bellas, las traduce, las asimila y se lanza al público con una ingenua y espontánea soberbia. Otros lo acompañan. Uno de ellos, su coterráneo Eduardo Cote Lamus. Desde entonces inicia su caminata hacia la muerte. La intuye; la busca; la apetece. En su libro *“Presencia del Hombre”*, hay ya, una grávida dolencia, un magistral realismo que, ciertamente, son como una rotunda premonición de la voluptuosa objetividad con que años más tarde habría de fortificar su obra poética.

En sus páginas se lee:

*“¿Qué ala de candela, qué fuego poderoso
como himno o relámpago ha cruzado mi voz?
El viento de la muerte tremolando en la noche
clavó sobre mis ojos su duro resplandor”* (2)

III

A pesar de la dulzura angelical del lenguaje español, parece que, siempre, Gaitán Durán, escoge el término ardiente, demoníaco, acerado, con el cual, va marcando un frío antisentimentalismo, una nivelada musicalidad de relámpago.

Esa cualidad, dígase en el tono que se quiera, es el punto de arbitraje para el estudio de esta poesía y, por lo mismo, para comprender que, Gaitán Durán, nunca tuvo la cursilería lírica de ser reclamado por la avaricia mayoritaria, si no que, por el contrario, es el poeta de las minorías, de lo selecto, de lo permanente.

IV

Una de las máximas pasiones de Gaitán Durán fue la muerte. En todos sus escritos, con una desgarbada belleza, encontramos —siempre madurándose— a la muerte. Pero esta muerte es antagónica, porque, es la sublimación de la vida, la prolongación por medio del orgasmo, de la

1 “Fuente de Cúcuta”. *“Si Mañana Despierto”*, 1961, pág. 23.
2 “Oda a los muertos”. *“Presencia del Hombre”*, 1947, pág. 42.

existencia. De ahí, su marcado sabor existencialista. Nada más hermoso ni de más apretada identidad que ello. Compruébese:

*“Sé que estoy vivo en este bello día
acostado contigo. Es el verano.
Acaloradas frutas en tu mano
Vierten su espeso olor al mediodía.
Antes de aquí tendernos no existía
este mundo radiante. ¡Nunca en vano
al deseo arrancamos el humano
amor que a las estrellas desafía!
Hacia el azul del mar corro desnudo.
Vuelvo a ti como al sol y en ti me anudo,
nazco en el esplendor de conocerte.
Siento el sudor ligero de la siesta.
Bebemos vino rojo. Esta es la fiesta
en que más recordamos a la muerte”.* (3)

Y, además, la muerte también invade la palabra. El lo dice: “Cuando la muerte es inminente, la palabra —cada palabra— se llena de sentido. La sentimos al fin grávida, indispensable” (4). Reflejo de una época, Gaitán Durán, muere el 22 de junio de 1962. Y muere en un extraño regreso. Como él quería. Como lo había profetizado. Después de tanto amar a la muerte, de tanto pronunciar su nombre, regresó a ella entre el relampagueo de un pavoroso estallido. Como se entra y se regresa del ejercicio sexual. Como el augurio de los dioses, por fin vio, palpó el rostro felizmente espléndido de la muerte. Ella había triunfado. El, por fin la había poseído.

3 “Sé que estoy vivo”. “Si Mañana Despierto”, 1961, pág. 55.

4 “Cada Palabra”. “Si Mañana Despierto”, 1961, pág. 27.

JUAN MANUEL HURTADO C.

LA FIESTA CON ASESINATO

—Rápido... tan rápido como había llegado... abandonó la esquina que lo había... a-co-gi-do. Con los brazos abiertos, el cielo, para él, ahora que lo miraba —pero no con los ojos—, se había cubierto de tinta china roja... y ya no lo veía. Luego, los pocos pasos que alcanzó a caminar, sonaron huecos sobre el pavimento, como canciones. La acera, a mitad de la calle, lo recibió con cansancio... y él se sentó. Lentamente —parsimoniosa, circunspecta pero continuamente— empezó su tarea más ardua al iniciar el despojo de zapatos y de medias sucias... Con manos —más— que —diestras; con movimientos propiamente duchos... Sus dedos... laaaar-gos... descalzaron los pies —los suyos— de las inmundicias de lana —cuero que los cubrían— que lo cubrían casi sigilosamente como también las sonrisas de sus ojos.

(Olas pasaron por su boca: jugo de naranja con cualquier ginebra, Martini y una botella de Whisky escocés; Pernod; Vodka; mezcal...; también... al principio —apenas iniciada la fiesta—, tres copas... una sobre otra y sobre ésta la última, de champaña rosada; ordinaria, obsequio: ligereza: escena: fin: aplausos: silencio: hipócrita: sí, tú!).

—La labor, ininterrumpidamente silenciosa y solitaria, de descalzarse, se interrumpió-interrumpió.

(Otras olas, cinco imágenes: cinco, no más!; cinco oleadas salinas de recuerdos pasaron sobre sus ojos: mujeres desnudas y cansadas: altas, rubias, morenas —cansadas, cansadas—; verdes y rojas: sobre sus ojos